

dinero no le hicieron más impresión que los capciosos discursos de los ministros. Todos los domingos salía de Ginebra, donde el culto católico estaba prohibido, y andaba una legua para ir á oír Misa en una aldea vecina. Por lo demás, era tal su habilidad y el deseo que tenía de cumplir con sus obligaciones, que nunca pudo su amo, á quien gustaban muy poco estos viajes, encontrar motivo de queja, y ni aun sombra de pretexto para prohibírseles.

El término del tiempo contratado para su servicio en aquella casa concluyó, y resolvió irse á servir á la fonda del *Escudo de Francia*, en Ginebra. No ignoraba los peligros que allí iba á correr, pero esperaba ver de cuando en cuando algunos católicos á su paso, sobre todo religiosos y sacerdotes, con quienes podría confesarse. No se engañó, y uno de los primeros que vió fué San Francisco de Sales, cuando estuvo en Ginebra á sostener contra los ministros protestantes aquella célebre disputa que preparó la conversión de la ciudad de Thonon. Ana Coste asistía á esta reunión oculta entre la gente, y desde la vez primera que miró el rostro celestial del Santo, tuvo el presentimiento de las gracias extraordinarias que había de recibir por su ministerio. Durante la disputa, recogida en Dios, levantaba sin cesar sus ojos al cielo, y con sus ardientes ruegos sostenía al Santo Doctor en la exposición de la verdad. Los que saben los secretos de la Divina Providencia, y con qué amor atiende Dios á los ruegos de su menores hijos, no se equivocarían atribuyendo á esta humilde doncella una parte del éxito de la conferencia. Apenas concluyó, cuando San Francisco de Sales, cuya vida estaba muy expuesta en Ginebra, salió muy de prisa de la ciudad, sin que Ana Coste lograra la felicidad de hablarle. Pero la figura del Santo quedó grabada en su memoria, y principió á orar fervorosamente por él.

Dos años después llegó San Francisco de Sales á Gi-

nebra para intentar una conferencia con Teodoro de Beza, y fué á parar á la *fonda del Escudo de Francia*, en que servía Ana Coste; ésta le conoció al instante, y bajo pretexto de enseñarle por dónde se iba á su cuarto, le acompañó hasta él. En cuanto llegó, cerrando la puerta, «Ilmo. Señor—le dijo,—hace mucho tiempo que pido á Dios la gracia de poder hablaros;» y dando una silla al Santo Obispo, se puso de rodillas y depositó en su corazón los secretos de su vida entera. Entre otros dones poseía el siervo de Dios el de discernimiento de espíritus. Admiró el candor, la inocencia y sencillez de esta humilde doncella, y después de haberla confesado y dado la absolución: «¿No os alegraríais mucho—le dijo—de poder comulgar?»—«¡Ay! Ilmo. Señor—le contestó,—esto sería para mí el mayor consuelo; pero ¿cómo podré yo esperar esta felicidad, pues no podéis decir Misa en Ginebra?» Entonces el Santo, entreabriendo la sotana, sacó una cajita de plata que llevaba colgada de su cuello y en la que llevaba siempre la Sagrada Eucaristía para los enfermos ó católicos privados de pastor en medio de un pueblo protestante. Ana Jacobina, de rodillas, se preparó con alegría para recibir á su Dios, pero de repente un escrúpulo asaltó su imaginación. «Ilmo. Señor—dijo á San Francisco,—¿cómo podréis darme la comunión no teniendo sacristán?» «Hija mía—respondió el Santo con dulce sonrisa,—mi buen ángel, que está entre vos y yo, y el vuestro, que está á vuestro lado, nos servirán de sacristanes. Por cierto que el oficio de los ángeles es asistir alrededor de la Santa Mesa.»

Por consejo de San Francisco de Sales no salió Ana de Ginebra. Estuvo allí varios años, elevando sus humildes trabajos de criada á la dignidad de un verdadero apostolado. Escondía á los sacerdotes, mantenía á los religiosos, llevaba secretamente á los confesores á la cabecera de los enfermos; y para no citar más que

un hecho que manifestará á un tiempo su habilidad y valor, diremos que después de un asalto intentado por los católicos contra Ginebra, el cual tuvo mal éxito, escondió en una bodega y los alimentó por muchos días haciéndolos escapar uno á uno, á más de ochenta soldados católicos.

Nada es, sin embargo, más hermoso, ni llega tanto al corazón, como la conducta de esta humilde criada con su ama, que, joven aún, se moría de una enfermedad de pecho. Después de haberla asistido por espacio de once meses con una paciencia que no se desmintió un sólo instante, la convirtió, la enseñó las oraciones católicas, la hizo abjurar en secreto, y al través de mil peligros halló modo de traerla un confesor. Cuando su ama estuvo próxima á la agonía, como no había sacerdote que la pudiese dar el Viático, la piadosa criada no lo pudo tolerar y fué á buscar á un señor cura que vivía á una legua de Ginebra, pero que, bajo pena de muerte, no podía entrar en ella, y presentándole un pañuelo muy blanco, le rogó la diese una hostia consagrada, prometiéndole no tocarla con las manos, y hacerla recibir con gran reverencia al alma querida que iba á morir. Ya se puede comprender que no la fué posible conseguir lo que deseaba. Volvía, pues, muy triste á Ginebra la pobre Ana Coste, cuando á poco de entrar en su casa vió llegar á la fonda un embajador de Francia cerca de los cantones suizos. Este embajador, que iba á países del todo protestantes, llevaba consigo un capellán, y éste iba provisto de todas las cosas necesarias para decir la santa Misa. No es fácil explicar la alegría de la piadosa criada. Le confió su secreto, y, en cuanto dieron las doce de la noche, en el fondo de la bodega, en que tantas veces había ocultado sacerdotes y religiosos, sobre un altar improvisado se ofreció de nuevo, después de cincuenta años de interrupción, el santo y adorable sacrificio de la Misa. La

enferma parecía no aguardar sino esta felicidad para dejar este mundo, pues expiró algunos momentos después.

Muerta su ama, Ana Jacobina vino á establecerse á la ciudad de Annecy, donde vivía San Francisco de Sales; pero era tal el gentío que rodeaba su confesonario, y tal la discreción de esta humilde doncella, que, aunque tenía vehemente deseo de presentarse al Obispo, pasaron tres semanas sin tratar de verificarlo. Se contentaba con seguirle á todas partes, oír su Misa, escuchar sus instrucciones, y sobre todo la explicación del Catecismo, en que el Santo no tenía igual. Un día que asistía á la explicación, oculta entre el gentío, pero atenta y con los ojos en el bienaventurado, éste la miró de repente con detenimiento. El pastor había reconocido á su oveja. Al instante, y sin dejar de hablar, queriendo dar á entender á esta buena hija que no la había olvidado, tomó en sus manos el pectoral que llevaba, é hizo como que le abría; memoria tierna de la cajita de plata que sacó de su pecho en Ginebra para darla la Comunión. Ana Jacobina comprendió la seña, é interpretándola como una invitación para que se le presentase, lo verificó al día siguiente.

San Francisco de Sales la recibió con bondad, y quiso le contase, no su historia material, que era corta y poco interesante, porque no es ésta la que llama la atención del cristiano, sino la historia del alma, de su conciencia, de sus relaciones con Dios, y dejó admirado á nuestro Santo con su sencillo relato. Desde entonces Ana Jacobina se confesó con San Francisco de Sales.

Un día, después de confesarse esta buena criatura, manifestó al Santo Obispo que tenía un deseo ardiente de abandonar el mundo, y servir á Dios en la persona de sus esposas. No había entonces en Annecy sino un solo monasterio; el de las religiosas de Santa Clara. San

Francisco de Sales la preguntó si quería entrar en él.

—¡Oh, Ilmo. Señor! no es esto lo que yo quiero decir.

—Pues ¿en dónde queréis—la dijo—servir á las esposas de Jesucristo?

—Ilmo. Señor,—respondió,—quiero servir á las religiosas que V. S. Ilma. debe fundar.

—¿Y quién os ha dicho que yo debo fundar religiosas?—replicó San Francisco de Sales sumamente admirado, porque aún no había dicho á nadie su proyecto, sino sólo á la señora de Chantal, y con gran secreto.

—Nadie de este mundo—respondió Ana Jacobina;—pero tengo continuamente esa idea en mi corazón, y por eso os lo digo.

San Francisco de Sales, lleno de admiración, escribió en el mismo día toda esta historia á la señora de Chantal. Desde entonces Ana Jacobina no pensó más que en prepararse para ser religiosa; y aunque el Santo Obispo no decía nada de sus proyectos, le preguntaba á menudo: «¿Cuándo viene la señora?» (1.)

Mientras que San Francisco de Sales encontraba de este modo en una posada y en país protestante, una hija tan sencilla y tan grande la gracia solicitaba á otra de una clase muy diferente, entre las fiestas y reuniones espléndidas del embajador de Francia en Alemania (2). María Petra de Chatel era una joven de veinte años, rica, de buena figura y de rostro gracioso, muy amante de la música, del baile y de la poesía; hablaba muy bien, y era sobresaliente en todos los artes encantadores y frívolos, que son los que gustan y hermosean la sociedad. Componía por sí misma canciones, baladas y rondós, que cantaba después con maestría.

(1) Carta del 29 de Septiembre de 1608.

(2) *La vida de las cuatro primeras Madres de la Visitación*, por la Madre de Chaugy. Ancecy, 1659, en 4.º, *La Madre María Petra de Chatel*.

Amada del mundo y amándole, fácil de seducir, luchaba, pero débilmente, no teniendo para defenderse de tantos encantos sino un alma grave naturalmente y las impresiones de viva fe que había recibido con una educación sólidamente cristiana. La señora de Chatel, su madre, era, en efecto, una de esas mujeres sobresalientes, como entonces había muchas, á quienes la grandeza de su carácter y una fe enérgica daban cierto linaje de belleza casi desconocida en el día de hoy. Como se ha escrito su vida, nada diré aquí; pero una sola pincelada bastará para retratarla. A la edad de ochenta años, coronando una vida virtuosa con un gran sacrificio, tomó el hábito de novicia en la Visitación, y la veremos, como simple religiosa, vivir bajo el gobierno de su hija María Petra, que era superiora.

¡Cuál no debió ser la educación dada por semejante mujer! Así, hasta los dieciséis años todo iba bien para nuestra María Petra, cuya modestia encantaba á su excelente madre. «¿Veis á mi chiquitina?—decía.—Pues ya veréis cómo un día será la más grande entre sus hermanas.» Pero estas esperanzas duraron poco; en cuanto llegó á esa edad amable y peligrosa en que se sale de la infancia para entrar en la juventud, María Petra cambió de repente. La lectura de las novelas, las lisonjas del mundo, el gusto por la poesía, sus habilidades en la música y el baile, de tan poco valor en sí mismas, pero que tanta vanidad inspiran á las jóvenes, disminuyeron en ella poco á poco el gusto por las cosas de Dios, sintiéndose, por el contrario, arrastrada á las del mundo.

Felizmente velaba Dios por esta alma, que tenía destinada para grandes cosas. La primera gracia con que la favoreció fué la del *fastidio*. Iba sin cesar á las fiestas y reuniones, donde solía encontrarse como embriagada, pero nunca feliz, y no era raro verla salir bañada en llanto de las mismas concurrencias en que

más había brillado. Había en su corazón un abismo que se ensanchaba sin cesar, y que le parecía tanto más vacío y profundo, cuanto más le llenaba de placeres. Entonces, vehemente como lo era, pasaba á los extremos, y se la oía exclamar, vestida aún con todos los adornos del baile y llorando amargamente: «María Petra, no encontrarás la paz sino en el claustro.» Un afecto legítimo, pero demasiado dulce, acabó de turbar su alma. Un joven caballero agregado á la embajada, y dotado de todas las cualidades que pueden merecer la estimación de las personas honradas, concibió una gran pasión por ella, y se la manifestó del modo más virtuoso. María Petra fué sensible, y su corazón se encontró sobre una pendiente peligrosa, que generalmente se baja aunque no se quiera.

Pero cuanto más se entregaba á estos delirios, más la instaba Dios con el aguijón de su gracia. *El Memorial de la vida cristiana* del P. Fr. Luis de Granada, vino á parar á sus manos, y ella leyó con avidez aquellas páginas admirables, en las cuales describe el Santo religioso la dicha de las almas castas y las alegrías que proporciona el amor de Dios. Solicitada entonces por dos tendencias contrarias, y, por decirlo así, dividida en dos partes, sufrió terriblemente. «¡Ay! — decía sin cesar á Dios—¿por qué permitís que mi corazón y mis pensamientos corran tras tantas cosas, y que un mortal, que no puedo ni quiero aborrecer, se lo lleve todo? Tapad mis oídos para que yo no oiga la voz de esta sirena.» Así gemía á los pies de los altares; pero en cuanto aparecía la sirena, su corazón se volvía con placer á todas las cosas que ni quería ni podía aborrecer. Le era menester volver á tomar su libro, y de nuevo volvía á renacer en su alma la fuerza y el valor, dándole, al menos por algún tiempo, una paz dulce y una profunda calma.

Bajo el encanto, siempre en aumento, de este libro

de oro, María Petra resolvió renunciar á la vana y mundana gloria, como también á la loca alegría de su juventud. «Dotada de una voz delicada y armoniosa, gustaba de la música con pasión;» renunció á ella, como también á la poesía, «de que era más amante que ninguna joven de su tiempo», y á la que volverá en sus últimos años, encantando al claustro con la belleza y fuego divino de sus cánticos; y no quiso volver al baile que había todos los días en casa del embajador, á pesar de las repetidas instancias que le hicieron.

Estos sacrificios, como es fácil pensar, fueron muy costosos á esta alma generosa, pero inclinada al mundo. Algunas veces el sonido de los violines se oía desde su cuarto, y entonces sentía despertarse en su corazón la afición al baile; pero al momento tomaba un librito piadoso, en que explica el autor cómo la muerte hace bailar á todo el mundo con una misma y monótona cadencia, y fijaba su atención sobre esta escena trágica, hasta que el temor de la muerte desterraba el deseo que sentía de volver á las cosas frívolas del mundo.

La oración dió la última mano á lo que la lectura y la meditación habían empezado; una oración, no sólo viva, fervorosa y continua, sino tan familiar, tan íntima, que podemos conjeturar que aun en medio del mundo, y en lo más fuerte de sus encantos y torbellinos, María Petra no había perdido su inocencia bautismal. Este es, en efecto, el carácter de las almas inocentes; tienen con Dios una familiaridad, y, si me atrevo á decirlo, una libertad que las almas penitentes ni aun sospechan, y de la cual no son capaces casi nunca. Mientras que éstas se mantienen á los pies del Salvador, besándolos y lavándolos con sus lágrimas como la Magdalena, aquéllas, como San Juan, descansan sobre su pecho, y le preguntan con una franqueza que asusta á las demás.

Se creyó por un momento que María Petra iba á se-

pultarse en las Claras ó en las Carmelitas, refugio entonces de todas las almas heroicas; mas la debilidad de su salud se opuso á ello. No sabiendo qué hacerse, recurrió á Dios, y le dijo con su sencillez acostumbrada: «Dios mío, ya veis mis trabajos y mi debilidad; permitidme os diga que es menester que en la próxima Pascua de Pentecostés me manifestéis el lugar en que debo consagrarme á vuestro servicio. Si no lo hacéis así, me veré obligada á entrar en una religión mitigada.» Dios la escuchaba en su misericordia, y no estaba lejos del día en que, en la misma semana de Pentecostés, encontrando por primera vez á la señora de Chantal, iba á sentir que su corazón se inflamaba al desplegarse ante sus ojos el misterio de su vocación.

Menester es juntar con estas admirables y virtuosas señoritas, y ponerla en primera línea, aunque no pudo reunirse con ellas hasta algún tiempo después, á la señorita María Amada de Blonay, y á quien San Francisco de Sales conocía desde su infancia, y á quien preparaba largo tiempo hacía para la obra en que había de ser una de las más notables glorias (1). Talento agudo y curioso, el más agudo tal vez de la Visitación, pero no el menos sólido ciertamente; gustando desde sus más tiernos años de las ideas elevadas y casi sutiles; con experiencia y rara habilidad en el manejo de los negocios temporales; con un corazón inocente, pero más bien con la inocencia que ignora el mal que con la que le combate; llamada desde su juventud *Palomita*, y mereciendo á los sesenta años el mismo sobrenombre por su raro candor; poco vehemente, mucho menos, sin comparación, que María Petra Chatel, y bajo este aspecto sin semejanza con la señorita de Brechard; con cualidades menos brillantes que la señorita de Favre,

(1) *Vida de la Madre de Blonay*, por Carlos Augusto de Sales; París, 1656, en 8.º

si bien en mayor número, fué María Amada la menos sobresaliente, pero sin duda alguna la más completa de las primeras hijas de Santa Juana Francisca. San Francisco de Sales expresó todo esto con una sola palabra: la denominaba la *crème* de la Visitación.

Dios había hecho á la señorita de Blonay la gracia de nacer de una de esas familias patriarcales que son, digámoslo así, como un santuario de fe. Comunmente se decía que los señores de Blonay querían mejor arruinarse que dejar de socorrer á los pobres. Unidos largos años con un indisoluble y santo amor, habían hecho un pacto admirable, por el que se habían obligado á que el primero que quedara viudo haría voto de castidad, y se consagraria al servicio de los pobres ó al ministerio de los altares. La señora de Blonay murió la primera, y su marido cumplió fielmente su promesa. Después de haber hecho sus pruebas bajo la dirección de San Francisco de Sales, recibió los órdenes sagrados, se encerró en su castillo de Saint-Paul, á las riberas del lago de Ginebra, y se consagró á la educación de sus nueve hijos, no sólo como padre, sino también como sacerdote.

Se ve con esto, dicho sea de paso, cuál era en el siglo XVI el estado de las familias. Sin duda existían hacía ya largo tiempo muchas causas de disolución: la relajación de las costumbres de que se hablaba en los Concilios; el grito salvaje de la Reforma, que proclamando la libertad de la carne había encendido todas las pasiones; las guerras de religión, tan largas y tan violentas; los escritos del infame Rabelais, como le apellidaba San Francisco de Sales, y de todos sus discípulos; todas estas causas y otras muchas habían dado motivo para la relajación de las costumbres; pero no obstante esto, en la época de que hablamos, y cuya historia referimos, la familia no estaba aún desorganizada. Aparecía todavía con toda su savia, y con toda la antigua y original belleza que el cristianismo la co-